

Foto de Popayán de Mina Vargas de Cepeda

CIUDAD REMANSO, POPAYÁN

MARUJA VIEIRA

POPAYÁN, 1956

NOTA A LA VERSIÓN VIRTUAL DE ESTE LIBRO

El terremoto que asoló a Popayán en 1983 cambió la fisonomía y la población de la Ciudad Blanca. El libro Ciudad Remanso – Popayán-, publicado por Maruja Vieira en 1956, habla de un lugar que casi ya no existe. Con el terremoto se fueron muchos de los payaneses y llegaron nuevos pobladores. Sus muros coloniales han sido testigos de la problemática de un departamento que lucha por la integración cultural y la equidad social.

Maruja Vieira vivió el terremoto en la Foto Vargas, a media cuadra de la catedral. La Foto, la casa generosa que albergó muchos de sus días, al lado de su amiga del alma Ruth Cepeda Vargas, y de la primera fotógrafa del occidente colombiano, doña Mina Vargas de Cepeda.

Por eso, hemos cambiado la estructura de este libro. Con la imagen de Popayán, tomada por doña Mina, iniciamos esta nueva versión con el Requiem por una Casa Generosa, escrito por Vieira después del terremoto.

De allí en adelante, el libro recoge la serie de crónicas que escribió Maruja cuando vivió en Popayán y que fueron publicadas en este compendio y en algunos medios periodísticos.

A todos los amigos de Popayán: a Ruth y Gloria Cepeda Vargas y a las ya desaparecidas y amadas Carmen Paredes, Carmenza Aragón, Luz Valencia y Eugenia Valencia, Alina Muñoz de Zambrano, Luz Paredes de Zambrano, Cecilia Chaux de Arboleda, Luz Concha, maravillosas amigas inolvidables. Y a Diego Castrillòn Arboleda, para quien la historia de Popayàn fue razón y norte de su vida.

REQUIEM POR UNA CASA GENEROSA

(Publicado en la Revista Guión)



En la foto Mamá Mina en el balcón de la Foto Vargas.

as casas, las viejas casas de las ciudades silenciosas, no están hechas solamente de piedra, ladrillo y argamasa. Los años integran a sus muros y tejados los sueños, las alegrías, las tristezas de aquellos que las habitaron.

La vieja casa maternal de Popayán se estremeció de pronto. Eran las 8.15 de la mañana del Jueves Santo de 1983. En la mesa humeaba el café y el pan era blanco como un pedacito de nube. La tarde anterior había sido misteriosamente bella. En el balcón estuvieron jugando el sol y la lluvia. Peleaban con pequeñas lanzas de cristal, que atravesaban, convertidas en gotas brillantes, los anchos faroles y las paredes blanquísimas Por la noche había pasado, frente a la ventana, la procesión de las flores rosadas. Los Pasos refulgían, porque a las vestiduras de los santos se les había devuelto el brillo de los primeros tiempos. El Cristo del Perdón se detuvo un rato frente a la ventana, mientras esparcía sus bendiciones sobre el mundo. En el mapa brillaba Popayán como una gota de rubí agorero .Las filas de alumbrantes iban devotamente a lado y lado de las imágenes. Los coros elevaban sus voces hacía un cielo puro y despejado. La procesión fue breve. Toda la gloria litúrgica estaba reservada para el jueves y el viernes santo

La noche fue pacífica. Muy pocos sintieron el leve movimiento de las dos de la mañana. Quienes se dieron cuenta lo unieron a un sueño inquieto, de naves aéreas en emergencia, un sueño que esa mañana alguien comenzó a contar "para que no sucediera". Pero sucedió. De repente, un rugido profundo de la tierra y como un latigazo. La casa entera pareció levantarse para proteger a sus siete habitantes. Empezó a sacudirse y a quejarse, como un inmenso barco desarbolado por la tempestad. Volaban las tejas grises, se arqueaban las paredes y del techo caía una arena fina que velozmente iba convirtiéndose en piedras cada vez más grandes.

Dieciocho segundos pueden ser la eternidad. Y lo fueron para muchas personas sobre quienes cayeron en aquel momento la solitaria y lírica cúpula de la catedral, la torre de San Francisco, la espadaña de Santo Domingo, el techo de La Ermita, o sencillamente el de su hogar, convertidos en muerte y dolor. Durante aquello segundos eternos la casa abría sus brazos, sacudía sus cimientos, convertía su estructura en músculos tensos, resonantes, afirmaba sus anchos escalones de piedra y nos dejaba pasar, ilesos. Afuera, en la calle, rodaban los muros, las campanas sonaban sacudidas por manos diabólicas, mientras la gente gritaba, lloraba, llamaba a los suyos y empezaba la trágica labor del rescate.

Cavando las ruinas.de la catedral destrozada se vio salir, con morados ropajes talares, al arzobispo. Angustiado pedía auxilio para sus fieles, enterrados bajo el oro deshecho de los altares. Una volqueta apareció de pronto. Docenas de manos febriles empezaron a levantar piedras que tenían, al caer, la misma resonancia de los redobles de la procesión del dia anterior .Por momentos se podía creer que todo era una pesadilla, un mal sueño del que despertaríamos cuando la procesión del Jueves Santo terminara de pasar bajo las ventanas.

Entretanto la noble casa mantenía firme su agrietada estructura. No permitió que su puerta quedara cerrada. Temerosos, pero con la seguridad de que de esos muros ningún daño podría venir para nosotros, volvimos a entrar. Era necesario huir, huir de la ciudad amadísima, dejarla sola, librada a su terrible suerte, pero sin la carga de quienes nada podíamos hacer por ella. Antes de salir le dimos una última y amorosa mirada. Estaba hecha con la bondad luminosa de la madre, la serenidad silenciosa del padre, la poesía, la música, los colores, las formas, el arte, la ciencia, el amor...En el fondo quedaba un piano esperando a su dueño y muchos libros, manuscritos y banderas, con las historias de nuestra buena gente valerosa.

Aunque los muros caigan ante la piqueta demoledora y de las paredes se desprendan los viejos retratos, que contienen muchos años de historia de una desaparecida Popayán, nuestras sombras seguirán rondando la vieja casa maternal, que nos protegió mientras alrededor se derrumbaba el mundo. Gracias a ella estamos vivos. Gracias a ella, a sus viejas piedras bondadosas, hechas de tiempo, luz y música. Porque en ella vivieron muchos años la bondad y el amor...Requiem Eternam.

CIUDAD REMANSO Popayán

Hoy te hablo a ti ciudad-remanso donde se aquieta la amargura. Ciudad de ayer y eternidades, lenta ciudad de sueño y bruma.

Vine buscándote en un mapa de oscura sal y flechas rotas y tú me diste la dulzura de tus caminos y tus horas.

En ti encontré mi infancia pura, mi corazón, mi voz perdida y volví a ser la de otro tiempo, maravillada ante la vida.

Ciudad, la piedra de tus muros guarda en su cáliz el pasado y el cáliz sube hasta los cielos en la oración de tus campanas.

Guarda también, ciudad, mis huellas entre tus calles silenciosas por donde fui encontrando el alma tierna y segura de las cosas.

A LAS SEIS DE LA TARDE

Me han preguntado muchas veces y muchas gentes qué clase de encanto, de embrujamiento sufro por Popayán. Qué habré encontrado en su aire, en su tierra, en sus caminos, para estar añorando su cielo a toda hora, aún bajo el cielo de otros países. Es imposible verter en una página, en una sola página, todo el encanto luminoso del tiempo vivido!. Larga, interminable lista de cifras amadísimas...nunca terminaría de decir los nombres que me atan irrevocablemente a la añoranza de los días transcurridos. Alina, Luz, Luz Alina... qué bella canción para cantarla con la música nocturna del rio Cauca, en el ancho corredor de Belalcázar, perfumado por el aroma de las magnolias que se abren!

No hay nada más hermoso que Popayán a las seis de la tarde, cuando por las calles camina, solemne, el eco de las campanas de Santo Domingo y empiezan a encenderse, transparentes, los anchos faroles de los viejos portales. A esa hora perfuman más que nunca el aire las violetas del patio de la casa de Guillermo Valencia y en el jardín el amarillo de los lirios se confunde con el oro del sol que se apaga en el valle. A esa hora comienzan a reunirse en el parque, bajo las ramas de flores increíbles, grupos de gentes que hablan. Sí, que hablan. Tranquilamente dialogan en el instante en que en otras ciudades corre la gente desbocada, al galope de los buses o de los automóviles. Hablan y dicen versos sin que a nadie le extrañe. En Popayán parece lógico y común hablar de versos..

Pero hablábamos de Popayán a las seis de la tarde. Es la hora del balcón. Puede ser el balcón de la casa de Carmen Paredes o aquel otro frontero, donde brillan los ojos azulísimos de Carmenza Aragón. O el de la casa de la dulce Ruth o aquél otro de Cecilia Chaux. Yo también pediría, como Claudia Paredes Olano, que me traigan uno de aquellos balcones. Claudia tiene tres años y yo bastantes más, pero estamos de acuerdo. Tal vez veamos pasar, lenta, erguida y venerable, la silueta del maestro Sanín Cano. O vislumbremos en otro balcón el perfil patricio de don Carlos Simmonds. Un grupo alegre de estudiantes avivará la esquina de la universidad. Y el rector, tan joven como un estudiante más, estará departiendo con ellos en camaradería cordial.No importa la hora. Puede ser el amanecer, cuando el Puracé eleva su eterna columna de humo hacia el espacio. O el medio día, cuando el aire se caldea y electriza y bajan las torcazas al patio lleno de flores de Luz Paredes de Zambrano. O la tarde, o la noche. No hay grandes restaurantes ni cabarets, ni nada de lo que la gente se empeña en llamar "progreso", "civilización", "adelanto". Hay belleza, armonía y paz. Al menos yo, en la lenta ciudad de sueño y bruma supe encontrarlas. Añoro aquellas horas y "soy gota de agua del nostálgico pozo" para repetir las palabras de Helcìas Martàn Gòngora, nostálgico a su vez. Siempre se aunarà mi amor intenso por mi Manizales nativo y por Bogotà, que acogió mi adolesc4ncia, mis sueños y mis realizaciones, con la nostalgia infinita de la ciudad-remanso, que veo siempre al final de mi camino con sus rìos, sus lirios, sus violetas y sus atardeceres milagrosos.

EL ANILLO DE MARÍA TERESA

"Más pálida que ausencia irremediable, más fina que la estela de un jazmín, ella, la pensativa enamorada, la imagen que Bolívar con el alma amara en un volcán de poesía murió de claridad como una flor." Jean Aristeguieta

Este anillo – oro y diamantes – fue de María Teresa Toro y Alayza. Es delicado y fino, como la mano donde lució tan brevemente...

Anillo de esponsales, con dos corazones y el signo de los dieciocho años y la cifra del mes de mayo, escritos con gotas de lluvia congelada.

(Los dieciocho diamantes recuerdan los años de Bolívar cuando conoció a María Teresa y los cinco pequeños el mes del matrimonio, o sea el mayo primaveral, quinto del año).

También era mayo y ardía la primavera verde de los valles de Aragua cuando, a la izquierda del camino, ardiente en el mediodía venezolano, vimos una tabla borrada por el viento y la lluvia:

"INGENIO BOLÍVAR"

(Estas fueron las tierras de Bolívar, de Simón Bolívar...Aquí trajo a su dulce "marquesita del Toro" y la vio morir y el hombre cambió su amor de hombre por la vida, pasión y muerte de la hazaña libertadora).

San Mateo... Bárbula.....Carabobo.... En la mano de Simón Bolívar el anillo de María Teresa era una compañía silenciosa, tierna, casi humilde, cada vez más lejana, mientras crecía la gloria sobre la frente del héroe y se borraba lentamente la visión de la casa de Aragua, donde languideció, herida por el aire del trópico, una frágil muchachita española.

*

Corría el mes de diciembre de 1829. De paso para Bogotá llegó el Libertador a hospedarse en la hacienda de Japio, al norte de Popayán, tierras de propiedad en

aquel tiempo de Don José Rafael Arboleda, amigo fidelísimo del héroe. Bolívar, al dejar la hacienda, puso en manos de Don José Rafael Arboleda en prueba de su afecto y su reconocimiento, el anillo de María Teresa.

*

De mano en mano de mujer hermosa de la estirpe de los Arboledas pasó el anillo. Lució en las veladas del ingenio y la inteligencia , tradicionales de la sociedad payanesa. Sus dos corazones de diamantes relumbraron, bañados por la luz de los cirios, en la Semana Santa ritual y solemne.

.

Tuvo razón Simón Bolívar cuando eligió a Popayán para que allí quedara el anillo simbólico de sus esponsales. En Popayán, en el tibio marco de su clima, en la atmósfera suave y gris de sus calles, bajo la luz de los anchos faroles nocturnos, en Popayán sin algarabía de maquinarias, donde todo calla a la hora de las campanas para que no se pierda el eco de la solemne voz del bronce, habría podido vivir María Teresa Toro y Alayza sin extrañar su España de los encajes, el incienso, las tradiciones y el romántico andar por los caminos de La Mancha. No dice acaso la leyenda que a Don Quijote lo enterraron en Popayán, al pie de un haya centenaria?

Y en Popayán estuvo guardado el anillo de María Teresa. Al verlo, al lado de los ornamentos valiosísimos, de las joyas que adornan las custodias sagradas, nos parece sentir que la sombra de Bolívar Libertador se detiene un momento en su insondable y solitario cielo de gloria y vuelve a ser el muchacho inseguro y ardiente que, sin más ambiciones en ese momento que la paz y el amor, colocó el anillo de oro y diamantes en la mano blanca de María Teresa Toro y Alayza.

8

EVOCACIÓN DE MARIO PAREDES

Voces hermanas evocaron tu nombre Mario Paredes, en la tarde de Popayán, Iluviosa y llena de campanas, gris y transparente a un mismo tiempo, profunda como la melodía de los siglos que queda encerrada en el fondo de las piedras y de los arcos, melodía que se renueva y sigue siendo igual y en Popayán más que en sitio alguno de la tierra, eterna.

Me hubiera gustado conocerte; creo que te conozco porque te he visto en el fondo de los ojos de tus hermanas –ruta transparente por donde tú siempre caminas- y se que tú y yo Mario Paredes, habríamos sido amigos.No coincidí en el tiempo de tu vida; he venido a repetir tu nombre cuando ya diez diciembres –cumplías los treinta años en tu última noche de San Silvestre- han caído sobre la cruz del pequeño cementerio suizo donde te quedaste a tu pesar, contra tu voluntad porque no querías morir.

He leído "Navidad en el Sanatorio", ese pequeño trozo maestro en el cual condensaste en pocas líneas toda tu "Montaña Mágica"...Y mientras sobre la piedra de tu ciudad cae la lluvia atardecida, he vivido aquella noche tuya, mezclados el Tabor de tu espíritu y el "Huerto de los Olivos" de tu amargura. Tú no querías morir. Y aprendiste que hay una forma de no morir del todo. Tu muerte es ésa "muerte sin muerte, muerte viva" de que hablara el poeta. Ya ves cómo hoy a diez años de tu ausencia, bajo el cielo de Popayán, te hablo Mario Paredes.

Aquí estás, con tu nombre vivo sobre la hoja de papel. La hoja de papel que no es tan frágil porque sabe durar más que la corta estancia de un hombre en la tierra. Ibas adelante de todos y llevabas la antorcha más alta. Cayó en tierra la antorcha y siguiò ardiendo, ardiendo...Arde aún, inmóvil y a los que pasamos nos ilumina el camino con su fulgor ,ya esculpido en materia eterna.

Sueña ,Mario Paredes en el pequeño cementerio de Suiza, bajo la cruz de madera y el manojo de margaritas blancas. Aquí en Popayán hablamos de ti mientras sobre el silencio de la tarde cae la voz inmemorial de las campanas.

LA IGLESIA DE JIMENA

Alvaro Garcés Valencia, el artista sensibilísimo que se resguarda y se esconde en un mundo interior de música, relámpagos y sombras, ha regalado ornamentos para la iglesita de Jimena. Y he vuelto a escuchar la campana de Jimena que se oye en las mañanas del domingo, desde el amplio corredor de Belalcázar, confundida con la canción cercana y armoniosa del Cauca.

He vuelto a escuchar la campana de Jimena en la tarde, cuando las magnolias perfuman más que nunca el aire y pasa, blanca, la bandada de garzas que todas las tardes vuela a posarse en un árbol a la orilla del río. Dulce iglesita de Jimena, campesina y purísima, que hace pensar en el antiguo poema de Neruda:

"El sermón sin inciensos es como una semilla de carne y luz que cae temblando al surco vivo. El Padre Nuestro, rezo de la vida sencilla, tiene un sabor de pan, frutal y primitivo."

Dulce iglesita de Jimena, blanca y campesina entre los árboles...¿cuándo volveré a escuchar su campana, que vuelve hoy, melódica y serena, a convocar recuerdos amadísimos? Vuelvo a ver el sendero de Belalcázar bordeado de pinos que sembraron las manos del Maestro Valencia y por donde en las mañanas, entre el perfume del campo, íbamos a misa y con nosotros caminaban los campesinos y los niños y la vieja y buena Lorenza. Bajaban de Genagra y de las otras fincas aledañas, a través de las que, en el camino de Belalcázar a Genagra, me fui tantas veces con el poema de Carlos Prendez Saldías.

"Y me fui con la lluvia por los trigales verdes al viento la cabeza y mirando sin ver... mientras el agua hacía caminos en mi cara me vino la alegría de un niño montañès..."

Al regresar, los cascos del caballo levantaban oleadas de cocuyos. A lo lejos se oía la campana de Jimena entonar al unísono con el río, en mitad del crepúsculo, lla oración del ángelus.

BUEN AMIGO, FIEL PERRO

"Está enterrado al pié de los manzanos y rosales"

(Carta de Luz Paredes)

Al pié de los manzanos y rosales, en el patio a donde llegan al medio día las torcazas, en bandada de aleteos, que se confunden con el ruido de alas inútiles de los pájaros prisioneros en la pajarera multicolor...Frente a la enredadera de flores color fuego que encuadra la ventana del cuarto donde lo encerraban a veces, por miedo al miedo de las gentes que no sabían entender la expresión brusca y alegre de su cariño...

Bajo la hierba del prado, hierba verde, prado lleno de flores, de árboles buenos que se mueven apenas en el aire tranquilo de diciembre y luego cantan locamente cuando abril anda de la mano con el viento por el cielo de Popayán, está enterrado el perro. Se quedó muerto un día cualquiera, sin razón ni pretexto, no era viejo. ¿Estaría triste?

"Todo ocurrió mientras yo estaba lejos"

Cómo sería de amargo tu regreso, amiga. Cuando llegaste salió a tu encuentro un silencio horrible, un silencio monstruoso que venía desde todos los rincones, que invadía todos los cuartos, un silencio ensordecedor que crecía más del lado del patio, más aún junto al rosal, bajo la sombra del manzano.

Las torcazas –pardas monjitas franciscanas- andaban por el patio picoteando los granos de siempre, perdida ya la costumbre de huir, aterradas y juguetonas ante el salto repentino y la morisqueta cazadora, que no eran más que una manera que el perro tenía de contarle a la gente que hacía sol y él estaba alegre. Y la ventana, con la enredadera verde y fuego y la puerta del cuarto estaban abiertas.

"Lo veo por toda la casa, en todos los rincones que tenía para esconderse por miedo a la tempestad"

Tenía miedo de los rayos. Esos rayos que cruzan de pronto el cielo de Popayán como estampidos de una guerra de duendes invisibles y belicosos. Tempestades sin lluvia, que llenan el espacio de misteriosas corrientes, que afinan la sensibilidad y aceleran la agudeza intelectual.

Tenía miedo el perro...Su gran cuerpo de lobo quería volverse pequeñito para esconderse, amiga, al pie de tu sombra.

"Tú que lo querías tanto como yo.".

La imagen fiel de su desatada alegría a mi encuentro me acosa desde tu carta. Y he recordado a Francis Jammes:

"Buen amigo, fiel perro has muerto de la odiada muerte, de la temida, de la que te escondiste bajo la mesa tanto...tu amorosa mirada se ha fijado en la mía en la hora breve y triste"

Al pié de los manzanos y rosales, en el patio de las torcazas y las enredaderas, siéntate como siempre, como yo te recuerdo y lee:

"Señor si llega el día que me llevéis clemente a veros cara a cara por una eternidad haced que un pobre perro contemple frente a frente a aquél que fue su Dios entre la humanidad."

"ES EL TIEMPO..."

Volver. Volver a las amadas cosas, a las viejas costumbres dulces. A la ventana que se abre al sol mañanero, que hace más verde y puro el contorno de la colina cercana. Al parque donde ahora hay nuevos lirios morados junto los lirios amarillos. A la sombra de la estatua que tiende su mirada de piedra hacia el valle sereno y silencioso. Volver tiene un encanto extraño, un poco amargo, por aquello nuestro que dejamos atrás o por lo amado que se quedó esperándonos y ahora no encontramos,- el rostro de la amiga ante cuyo nombre se hizo el silencio.

"Es el tiempo...". Vuela obsesionante el poema de Julio Barrenechea, a medida que vamos avanzando en el laberinto de las recordadas cosas que hallamos y aquellas otras que perdimos. Y seguimos repitiendo: "Es el tiempo...".

¿Dónde? Donde estaba aquel libro? Donde estaba aquel cuadro? Qué alegría hallar de nuevo los lugares que tantas veces recorrimos en la carta geográfica de los recuerdos! Qué alegría al sentir que el aire nos reconoce, tierno...Cómo encuentra su rumbo de nuevo el corazón por estas anchas calles silenciosas, cuando los faroles transparentes encienden tímidamente su tranquila ruta nocturna!

"Es el tiempo. Lo escucho...es el tiempo que se lleva la faz de las cosas... el que llena de negras heridas la pacífica piel de las losas..."

Soterrado, más allá de la alegría, con sus ácidos destructores, pasa el tiempo. Quizá en ningún lugar su huella deja menos cicatrices que en esta ciudad lenta, silenciosa y estática. Es en nosotros, donde las va dejando. "No se puede vivir impunemente" no es verdad, Alfonsina? Traemos el cansancio del camino y algo muy dulce se ha quedado lejos. Tan lejos...Todo parece un sueño, la dicha y la amargura, la angustia del retorno, el miedo de andar más, todo se borra y queda la nostalgia de lo que es bello y nadie comparte con nosotros. Los lirios amarillos, la voz de la campana en el crepúsculo, las flores de amaranto...Pasa el tiempo, allá lejos...

Aquí estaba aquel cuadro. Vuelve a su sitio ahora y vemos otra vez la llama iridiscente del agua y los peces asombrados que siguen contando la fábula de las estrellas. Aquí estaba aquel libro. Volvemos a sus páginas y a la emoción de hallar nuestro corazón de siempre sobre las viejas líneas señaladas. Aquí estaba el dibujo de Mireya Zawadski.. Vuelve a hallar su sitio para que al mirarlo recordemos el patio, donde las hojas ruedan envueltas en perfume y viento cálido y brillan los ojos luminosos de Ángela. cosas vuelven a su sitio. Hasta cuándo? No sé. No hablemos, por favor, de tiempo. El tiempo, que nos trunca los sueños, el tiempo, con sus largos escalones por los que al ascender y ascender, todo nos pesa, el tiempo es la única muerte...

TARDE DE LLUVIA EN BELALCAZAR

Llueve. Una lluvia fina y sonora cae sobre las magnolias de Belalcázar, abiertas en las manos de abril. El río Cauca dialoga con un puente largo y angosto, látigo de cemento sobre la verde espalda de la tierra.

Llueve....Oh vagos matices / de lánguidos grises / que roban la calma/ si invaden el alma....A la entrada de Belalcázar, dos filas de pinos sembrados por las manos de Guillermo Valencia custodian la casa solariega, hidalga, que parece desprendida de una historia vieja de la vieja España.

Verde y gris. Dos o tres de los pinos se han secado, tal vez porque sus raíces tropezaron con las piedras del antiguo cauce del río, o porque alguno de los rayos que repentinamente cruzan el cielo de Popayán se detuvo en sus ramas y las signó con eterna ceniza.

Aquí vivió el Maestro. Por estos amplios corredores pasaba su fina y erguida sombra. Aquí está la hamaca, desde donde veía encenderse en las hojas del roble las primeras luciérnagas y apagarse en el Poniente la última luz. En la pared blanca, los escudos heráldicos de Casa Valencia. Al fondo el Puracé eleva su eterna columna de humo y los tejados de Popayán sueñan, gris más obscuro entre el gris de la niebla.

Hay un jardín con rosas y un estanque. Y árboles, muchos árboles. A través de las vidrieras se asoman y enmarcan el paisaje de los campos, que se extiende en lentas ondulaciones hasta donde alcanza la mirada. Ni una roca siquiera, ni la aridez de un pedregal, ni una isla de arena, rompen el tierno verde que sube desde Belalcázar, donde Luz Valencia modela con sus manos delgadas y sensitivas, multicolores alfarerías, hasta Genagra, donde Josefina Valencia inventa paraísos con las flores de sus jardines.

Un poco de sol se ha filtrado a través de la lluvia. Se detiene por los corredores y sobre las magnolias. Hace brillar, juguetón, los rosarios de gotas titilantes que cuelgan de los árboles. Se desliza junto a puertas cerradas, que guardan el misterio de leyendas centenarias. Pasa sobre las hojas de los libros que inundan las habitaciones. Es como atravesar un gran bosque de música, de belleza y asombro, con el alma en recogimiento porque en la hacienda de Belalcázar en Popayán queda la huella eterna, luminosa, imperecedera, de la poesía de Guillermo Valencia.

VERANO EN POPAYÁN

Escrita en un verano de otro tiempo, para Don Carlos Simmonds

Tierra esta de hidalgos campesinos, donde la vida tiene el sentido limpio de lo perdurable...Bajo el sol del verano que se inicia son más blancas las paredes encaladas de las casas y el humo eterno del volcán. Por el camino que asciende hacia la cordillera bajan las madres guambianas con los hijos pequeños a la espalda. Es domingo y en el pueblecito de Coconuco las gentes importantes de la parroquia dialogan de sus pequeñas grandes cosas, en ese tono bajo y musical de los habitantes del Cauca, que no gustan de la estridencia ni de interrumpir el otro diálogo, el de los ríos con el viento que baja, alegre y fresco ,de lo alto de la montaña.

Vamos hacia el pozo de agua límpida, donde todo es azul, como si el cielo naciera allí, por la ladera, como otro tibio sol acariciante. El alma sale renovada, desprevenida y luminosa, a reiniciar la aventura infantil de salvar cercas y riachuelos y correr por el campo salpicado de flores amarillas.

Cuando llega el verano, Popayán queda solo. Todos se van hacia los campos porque julio y agosto tienen nombres de sol y viento, de trajes claros y flores en las cabelleras de las muchachas. ¿Dónde están los afanes y la angustia, dónde el diario temor por la existencia? Allá se quedan, lejos, porque viene el verano. Y se llenan de niños, de jóvenes y ancianos las casas de los campos .El alma debe volver de vez en cuando a aquella vida patriarcal y buena de los abuelos campesinos, cuando los grandes automóviles no alarmaban con su estruendo a los cantores de los nidos. ¿Para qué más? Pensamos en "Villula" de José María de Heredia:

Del viejo Galo es esta heredad retirada que ves en la pendiente del monte cisalpino,. Levántase la casa a la sombra de un pino y tiene la techumbre de cañas fabricada.

Bien puede con un huésped compartir la morada y cocer pan al horno y ofrecer blanco vino y sembrar en su huerta el altramuz salino. ¡Es poco? Fuera de eso jamás deseó nada.

Le da el invierno leña, la primavera lluvia. El opulento estío jugosa espiga rubia y el otoño uvas frescas con qué endulzar el labio.

Allí es donde en sosiego el alma y el sentido, Galo morir espera, feliz como ha vivido. Podréis dudar ahora de que Galo es un sabio?

EL FINLANDÉS

(En memoria de John Virtha)

Bajo el signo querido de la Historia de San Michele de Axel Munthe, que leo y releo a traves de los años y entiendo mejor aquí en Popayán - paisaje de colinas donde reposa el alma-he pensado hoy en el rubio finlandés de ojos amargamente azules, que inesperadamente vino a morir aquí, como un raro cisne-arcángel del lejano Norte, herido por un rayo en mitad de su vuelo.

Ya no importa su nombre, ni de dónde venía. Iba hacia un puerto del Pacífico, de estrellas y palmeras, de oscuros rostros, tan distintos de los que rodearon su infancia allá en las nieves. Su vuelo quedó roto. ¿ De qué huía? ¿Qué venía buscando por América? Todo ha quedado trunco. Dejó, con su equipaje abandonado, Dios sabe cuantos sueños o cuantas amarguras.

Yo no lo vi. Escuché apenas su lamento, cuando el corazón le hacía estallar la vida dentro del pecho nórdico, como un gran sol que lanzara uno contra el otro dos glaciares inmensos en el deshielo.

Durante doce horas la ciudad, sus campanas, su aire tranquilo y lento, se detuvieron asombrados ante la historia del finlandés que se moría. Porque no hubo esperanza y nada podía hacerse, nada....Quedó enterrado en la tierra cálida que pisan las plantas luminosas de junio y el verano. Iba solo y en las últimas horas, con qué ansiedad su oído querría recoger una palabra, una sílaba apenas de su idioma, tan musical y extraño... Cómo querría aspirar el aire frío, cortante y luminoso, que corre con sonido de cascabeles entre las ramas tensas de los abetos....

Si alguien lo amaba, ha de saber que iremos con la amiga hacia la tumba recién abierta, en este cementerio donde cantan los pájaros y ahora florecen las enredaderas. Iremos con la amiga dulce, que tuvo los ojos nublados de angustia y compasión por el finlandés que se moría tan dolorosamente. Llevaremos el Kalévala y diremos, muy paso, las palabras del libro sagrado de Finlandia.

Entonces el viejo, el solitario Wainamoinen, dejará su palacio de hielo. Alzará su inmensa estatura, cubierta por un traje de antiguas cortezas. Tomará su bordón hecho del tronco de un árbol y sus pies, calzados con oscuras sandalias, caminarán el larguísimo trecho. El viejo, el solitario Wainamoinen, el de las largas barbas milenarias, el del largo cabello y las manos largas como ramas retorcidas ,descarnadas por el invierno, vendrá desde su blanco reino, para que el finlandés que vino a morir tan lejos, oiga cómo lo llaman los vientos de Finlandia, que rompen las agujas de hielo que atraviesan las ramas de los abetos.

LUZ ALINA

El 1 de agosto cumplió años Luz Alina. Nació con el verano ,cuando las ramas de los árboles danzan con el viento cálido y perfumado...

Vamos a hacerte, Luz Alina, una casita de bambú, para que el árbol y la brisa bailen la ronda en el azul...

Belalcázar se pobló de risas infantiles y de gritos. A las seis de la tarde, cuando pasan las garzas hacia el árbol a la orilla del río, el sueño fue llamando a los niños, uno por uno...

Entre el rocío y las estrellas habrá una puerta de coral y para el vuelo de las garzas un pincelito de cristal.

Regados por la casa, como en los cuentos de Hans Cristian Andersen, quedaron los zapatitos del cumpleaños.

Los enanitos alfareros ayudarán a la mamá a buscar tierra de arcoíris Para enseñarte a modelar...

La gran casa se fue quedando silenciosa. La algarabía infantil dio paso a una sola voz, la serena voz nocturna del Cauca:

Viejo maestro de canciones el hondo río tenderá puentes de música en el aire para que aprendas a cantar...

Una luna muy blanca —luna de agosto- brillaba en el cielo azul intenso. A lo lejos, brillaba también la cumbre plateada del volcán. Un aire despacioso caminaba como un abuelo, por entre los pinos...

Sobre tu sueño, Luz Alina, brilla la nieve del volcán... Entre campanas y violetas calla a lo lejos Popayán.

LAS "CARTAS LÍRICAS"

Le pregunté al viajero chileno por Carlos Prendez Saldías. Y él me habló de su estampa romántica, de su alborotada melena de plata, de su chambergo y de su capa española...De su ejercicio constante de poeta, que vivir en poesía, en poesía siempre, es difícil y más difícil aún vivir siempre en justicia, del lado de la razón, esa razón de sinrazones, ciega...

Así es Prendez Saldías, el poeta. Y no es fácil ser poeta en Chile, donde todo es tan alto- las montañas y Gabriela y Pablo- De un romanticismo incurable, Prendez Saldías —qué importa decir los años que tiene!- está escribiendo ahora las "Cartas Líricas a una Mujer". . Y en Popayán de sol veraniego y ceniza volcánica, de balcones cerrados y violetas que perfuman los patios coloniales, encuentran las "Cartas Líricas" el mejor de sus cauces. Las dicen y las sueñan muchachas lindas de ojos negros...En estos días de verano llueve ceniza y llueve sol...

Yo no sé si te quiero. No quisiera escribirte y se van mis palabras cada día en tus busca para decirte cosas que alguna vez me oíste y que imagino ahora que no te dije nunca.

Es la tarde en neblina. La montaña se aleja en esta soñolienta visión de la penumbra, y de todas las sendas que en el valle nacían. Sólo se ve un camino de pájaros en fuga.

Pienso que no te amo. Digo que en mi tristeza se prologan las gentes de mi raza en abulia, que no es dolor tu ausencia y siento, sin embargo, que tu sombra a mi sombra caminando se anuda.

Se esparce la neblina. Los cerros aparecen borrosos y distantes en la fina garúa, y hasta se sabe ahora por dónde pasa el río cantando. Como todo es, recuerdo la bruma.

Apareció una estrella. Aldebarán asoma. Ya son tres. Y perfila sus contornos la luna. Mañana, si te escribo, sabrás cómo retornas las aves y los sueños....Hay cosas que perduran.

Carlos Prendez Saldías tiene en este verano la validez humana de una presencia...Casi está con nosotros entre el gris de la nube momentánea, la lluvia fina, el sol de Agosto, sus versos, la montaña...

LA CENIZA Y EL SOL

Estábamos hablando. Son las tardes del sábado, tan lentas y propicias, caminos del recuerdo al lado del pórtico de Santo Domingo. Hablábamos de César Uribe Piedrahíta y las campana solemne resonaba. La fisonomía de Popayán, fiel a sí misma siempre, siempre igual, estática y de frente al tiempo, que ante ella es inerme, nos envolvía y daba a la evocación de aquella roja cabeza, genial y triste, un marco exacto para que el alma se nos fuera hacia donde la emoción bordea el llanto.

No oímos, pues, nada. Dicen que ruidos sordos estremecieron la tierra, allá arriba en la aldea de Puracé. Ni siquiera una sacudida fuerte hizo temblar las lámparas. Pero pasó por la ciudad como una bocanada inmensa de aire y al ver correr a la gente por la calle, también salimos todos. Vimos el espectáculo tremendo y hermosísimo. Venía una nube inmensa, increíble, que ocupaba todo el cielo delante del volcán. Contra la nube, la iglesia de Belén y la cruz en lo alto parecían implorar clemencia ante lo que podía ser una catástrofe.

El primer recuerdo fue el del amargo día de Mayo de 1949. Estaban en la memoria las palabras de Gilberto Garrido:

Mayo de sienes florecidas reabrió tu espíritu al dolor tu Monte fue para tus niños la entraña ardiente de Moloc.

La nube, altísima, blanca, amarillenta, avanzó un poco y otras nubes empezaron a cubrirla. Igual columna de humo, bella y terrible, debió alzarse en Nagasaki o Hiroshima. Pero esta vez fue benévolo el volcán. Nadie subía por las laderas. La nube empezó a deshacerse en ceniza. Cayó ceniza sobre la ciudad horas y horas. Las cabezas se cubrían de su caricia oscura, como ante un Muro de Lamentaciones imprevisto. Caía ceniza sobre los patios, sobre los tejados, las calles se vistieron poco a poco de una crujiente capa gris. Popayán tenía una oscura atmósfera polvorienta, como de pesadilla, por donde rápidas sombras iban y venían en extraña proyección fantástica.

En la mañana del domingo un sol claro, limpio, el sol de Popayán veraniego ,ha venido a platear la ceniza que cubre los techos. Desde el balcón se ve la larga hilera de los tejados, siempre grises y ahora brillantes como si en lugar de ceniza hubieran caído ayer pedazos de estrella. En los campos la ceniza se esconde bajo la hierba verde, en los jardines, las violetas asoman sus cabecitas asustadas, sobre el hábito gris que les puso la tarde.

La nube de ceniza pasó, sin dejar otra huella que esta brillante luz de los tejados siempre grises. Fue breve el reino de la angustia. Hoy sólo queda un poco de polvo ceniciento que se deshace lentamente bajo la luz del sol...

SEMANA SANTA EN POPAYÁN

"Pero yo nací en una urbe hecha de granito y de mármol. El tiempo mismo allí conserva su virtud de encaje plegado y de la espada de un guerrero cuelgan los hábitos de un santo..." Rafael Maya

Así es Popayán. Como hecha de "granito y de mármol". El tiempo aquí conserva la virtud de antiguos encajes plegados en el fondo de armarios perfumados y oscuros. La ciudad es de contrastes, porque enclavada en su pasado vive para el hervor estudiantil que alborota sus calles y sus plazas.

La lenta vida exterior de Popayán y la vida interior, tan profunda, giran alrededor de dos ejes: la Universidad del Cauca y la Semana Mayor. El trajìn de los estudiantes, sus idas y venidas, sus vacaciones, sus graduaciones, sus huelgas, son como la sangre que corre por las venas de la vieja y dulce ciudad, que a fuerza de limpieza, de minucioso barrer de calles, de mucho cuidar flores, de pulir y seguir puliendo antiguas piedras, no tiene ese aspecto desmedrado de cosa que fue y ya no es, sino que da gusto verla tan bella y sin tráfico, sin ruido y sin motores, sin humo, apenas con torres altas, campanas y violetas en los anchos patios.

Llega la Semana Santa. Y si los estudiantes son la sangre que corre por las venas, los días del culto cristiano son la espina dorsal que mantiene el difícil equilibrio del tiempo y de los hombres. Porque para que siga vigente el prodigio de esta ciudad de hace siglos, situada en medio de la ruidosa polvareda del siglo veinte, la tradición va de mano en mano y los" pasos" con las imágenes sagradas, de hombro en hombro de Mosqueras, Arboledas, Valencias, Iragorris o Zambranos.

Pero ya no volveremos a ver a Don Jaime Flectcher Feijòo en el "paso" del Señor Caído, el que va en octavo lugar en la procesión del Martes Santo, el día de las flores blancas, de la Comida de los presos y del estandarte llevado por el Alcalde. Don Jaime Fletcher durante sesenta años ocupó su barrote en la Semana Santa en el "paso" del cual fue síndico. Sesenta años y la "alcayata" de oro! Sesenta Semanas Santas sobre sus hombros!

Lo cual no era inconveniente para que lo viéramos también cargar el "paso" del "Varón de las Tenazas" el Viernes Santo, el día más solemne de todos, cuando sale la Universidad llevando los cirios en la doble fila de "alumbrantes" que a lado y lado abre un camino de luz para las procesiones nocturnas. Ese día se acaban las violetas en Popayán y sus alrededores, pues cada cirio lleva una pequeña guirnalda de esas flores y es tradición que la novia le regale al estudiante su guirnalda ese día. Y qué lindas novias de estudiante son estas muchachas payanesas, cuyas facciones han sido modeladas por varios siglos de abolengos!

Sería interminable relatar las anécdotas de la Semana Santa en Popayán e interminable también describir su belleza. Dos veces, cuatro, diez...cuántas veces se puede verla y seguir añorándola y queriendo volver? Es la fiesta pura del cristianismo, sin gritos de paganía, sin exageraciones de penitentes sangrados de arrepentimiento, que no es cargar el "paso" pesadísimo una penitencia sino un derecho de honra que se hereda, se defiende y se conserva. Guerrillero hubo en el siglo pasado, con la cabeza puesta a precio, a que la hora de salir la procesión apareció en reclamo del barrote y huyó al final, con la complicidad de la ciudad

entera y de las mismas autoridades perseguidoras. ¡Ay del payanés que "la pide", o sea que se declara vencido por el tremendo peso y abandona el barrote...!después, despreciado y hecho objeto de burlesca y maligna compasión. tiene que elegir entre abandonar el sitio de su derrota o seguir, aunque muera en la demanda...

Semana Santa en Popayán...En el remanso de las calles se agitan seres venidos de mil sitios. De lejos y de cerca, del mar y de la sierra. Vienen turistas extranjeros y payaneses descarriados, que siempre regresan en Semana Santa. Indios de la Comunidad guambiana de Silvia, con sus trajes de colores y su acento dulce y monorrítmico. Negros de la Costa Caucana se mezclan con gentes del interior; personajes de la diplomacia, de las letras, del arte en todas sus manifestaciones y formas, se agolpan en las ventanas por donde va a pasar la procesión. Y el que vaya, no importa de dónde venga ni cuantas cosas haya visto, ni cuanto mundo lleve pegado a las maletas...Siempre recordará con ternura y asombro la Semana Santa payanesa. Con asombro infinito de que en este siglo de convulsiones y estruendo una ciudad sepa guardarse intacta como se guarda Popayán, para el vivir, el no temer, el perdurar...

EL LIBRO DE MARUJA VIEIRA

ENCANTO DE POPAYÁN

Con uno de sus seudónimos, el de SANDY ROSE, **Luis Eduardo Nieto Caballero** publicó esta columna en EL TIEMPO. El texto iba a ser prólogo del libro, pero no llegó a tiempo para la edición original.

Còmo está de bien captado lo esencial, lo envolvente de Popayán en este folleto de treinta páginas que Maruja Vieira bautizó "Ciudad Remanso". Todo es evocación, ensoñación, dulce cansancio, paz, un súbito deseo de hacer versos, de conversar en voz baja. No tiene Popayán los lujosos y ruidosos cabarets de las ciudades modernas ni hay en los ánimos esa hambre y esa sed de diversiones o de negocios, que convierten la vida en inquietud, en carrera, en atropellamiento. Sigue imperando la elegancia del movimiento, del ademán, la aristocracia del porte, la cadenciosa voz, las miradas profundas de mujeres que, una vez vistas, no vuelven a irse del recuerdo. Y en aquel ambiente eléctrico, con un volcán el Puracé, patriarcal y empenachado, que litúrgicamente preside las tempestades en seco, todo se convierte en vida interior, en voz del alma, si se quiere en canción, pero sin que deje de estar funcionando el motor y oyéndose el ronroneo de los gatos, que un día del porvenir, como en tantos del pasado, crecerán hasta producir el estallido de las revoluciones.

La vida es apacible, ritual, azorinesca. Se diría que nada pasa, sino que se desliza. Se desprende y echa a andar el apóstol de un retablo o la dama de recamado viso se escapa, como se escapa un perfume de un Libro de Horas. Se escucha la voz de las campanas. Y se sigue esperando la de los carillones para echar a volar la mente por las calles y por los canales de Brujas la Muerta. En las vecindades de Popayán canta el río Cauca, en cuyas aguas cuando el sol se oculta, se arrojan a bañarse las estrellas temblorosas. Una tarde subíamos a la Ermita de Belén cuatro hidalgos, infortunadamente desaparecidos ya y el que esto escribe: Guillermo Valencia, Adriano Muñoz, Arcesio Aragón, Tomás Maya y dijo el doctor Muñoz, ante un atardecer de maravillas: "vean cómo el rey degollado mil veces purpura el azul". Y todos sentimos que pasaba un hada y que era la visión del encantamiento.

Popayán está lleno de sombras, de allá salieron los grandes para la tribuna, para la ciencia, para el cadalso. Allá sintió Nariño que empezaba su carrera, desgraciadamente tronchada de libertador de América. Allá sobre sus calles empedradas hicieron caracolear sus caballos Mosquera, López, Obando, Arboleda, durante medio siglo. Por eso el silencio allá es de añoranza, de meditación, no de cansancio ni de aburrimiento. Caminar a media noche por las calles desiertas de Popayán es sentir que Popayán se instala en el corazón con sus sombras. Y ante el milagro del día, en ese valle ondulado y ameno, con el clima acariciante, con el cielo de infinita placidez o amenazante cuando llega la hora de las tempestades eléctricas, se va entregando el alma al romanticismo. Es el fenómeno en Maruja Vieira, que parece escribir con pluma alborozada de reclusa. Es para volar como una golondrina a ser parte del paisaje, el Popayán que describe a las seis de la tarde. En esa página hay lindas luces que se van desvaneciendo y hay nombres amados. Y hay patricios que se destacan como para decir: aquí va la cultura o aquí está la patria. Trepan por los muros las enredaderas y se abren en los patios las violetas y los lirios. Más adelante, en Belalcázar, llueve sobre las magnolias y las evocaciones van desde el Libertador que le regala a don José Rafael Arboleda el anillo de María

Teresa hasta el finlandés que vino a morir aquí tan lejos de su tierra. Presente en todas las páginas y en todas las rememoraciones, como un genio tutelar de la ciudad fecunda está Guillermo Valencia. Y Maruja Vieira llama también al espíritu de Mario Paredes dormido en un cementerio suizo que en "Navidad en el Sanatorio" escribió su "Montaña Mágica". Yo recuerdo su voz, escuchada a larga distancia a través de un teléfono, cuando desde Berna lo llamé a Leysin con el objeto de decirle que de Bogotá me habían dado la orden de importunarlo para la práctica de una diligencia judicial absurda, pero que yo había enviado todo al diablo. A Mario Paredes no se le podía llamar sino para hablarle admirativa y enternecidamente como acaba de hacerlo Maruja Vieira.

Evoca también el recuerdo de César Uribe Piedrahíta, dinámico rector de la Universidad del Cauca, "genial y triste" dice ella ,a quien yo no contemplé jamás como acreedor al segundo adjetivo, pero a quien le prendí el primero desde el día en que lo conocí en Europa, a bordo de un buque en que venía de El Cairo. Lo triste, con todo, está bien para que rime con la lluvia de ceniza que describe como regalo que el Puracé y las nubes mandan con el viento. Y termina la ensoñadora presentación de Popayán con el elogio de la Semana Santa, de la tradición fielmente guardada, de la aristocracia de las costumbres y de las devociones que deben conservarse para defender lo tradicional de Colombia contra las incursiones vulgares, de gente enriquecida y sin abolengo que pugna por transformarla en una Patria Loba.